

Poética de la sincronicidad¹

Víctor Toledo*

IX

Poesía y verdad

La poética de la Sincronicidad, poética personal, presenta dos oposiciones generales a la más notable y renovadora poesía contemporánea: concretamente como ejemplo, Ives Bonnefoy, Seamus Heaney, Joseph Brodsky, y la neobarroca (en algunos casos, que abordaremos adelante).

Una: A la no-raíz, sin centro, de la poesía neobarroca, opone un centro de centros, arraigado más allá del tiempo, a su glosolalia sin sentido (de la lengua del azar - herencia mallarmeana-, de la aliteración sin cuerpo, alada solo) opone los “juegos”, de las palabras impulsadas por un sentido profundo de la lengua misma, consciente, despierta.

Dos: Al vacío no aceptado, de manera absoluta, por la angustiada esperanza de Mallarmé, al azar dejada, sigue la cruda conciencia conceptual de esta Nada de Bonnefoy, más aún en su enfrentamiento directo, a través de la superación del yo, más allá del surrealismo, incluso del surrealismo existencial kafkiano, en una especie de superrealismo, visión micromacrocópica, en la que coincide con el Brodsky de “La mariposa”, en el *Principio y fin de la nieve*, dejada ya toda esperanza atrás, sin pretenderlo, Bonnefoy encuentra la Presencia en el fulgor del instante de la nieve, como el ruso, la razón innombrable, “improbable”, en el vuelo del coleóptero. Es la negación de la nada por medio de su propia concepción, el enfrentamiento más directo y radical con la Verdad. El concepto de Verdad en Bonnefoy, está relacionado íntimamente con el concepto de “pérdida”, del “no lugar” (de la poesía), que incluirá el pensamiento y la lengua del silencio, y su búsqueda –nueva saga del Santo Grial, más alejado pero más cercano-, a través de la Poesía.

El lugar de la poesía es el “no lugar”, estableciendo una “oposición mayor entre el todo o nada”.

Ante la fragmentación del Uno, de la Unidad, “piensa la situación actual del lenguaje como el momento en que debe renacer la relación humana a partir de un estado de dispersión”. Incluyendo la comunicación con los seres y las cosas más humildes.

La poética de la Sincronicidad opone, más bien añade aquí, a la pérdida de la inocencia de las cosas, la visión científica y filosófica - no kantiana, ni cartesiana, ni hegeliana- de una conciencia superior: de un lenguaje y una inteligencia mayor a la aceptada e imaginada en los “seres más sencillos”, una

¹ Capítulos del libro del mismo título.

* Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Presencia y un lenguaje-lengua en cualquier materia: la piedra, el agua, etc.

Así, la conciencia de lo sagrado o de la “otredad”, la anulación del tiempo, la trascendentalidad, son vistos con una nueva inocencia, no exenta de cierta malicia positiva – que no positivista-, “inocencia” consciente, más moderna y completa. La Sincronicidad le da mayor coherencia y sistema a la actividad poética de la contemplación estética del mundo: totalidad y sentido.

Al rechazo de las apariencias sensibles por la “nueva configuración del mundo físico”, de Platón a Descartes, “el universo de las cualidades sustanciales fue puesto en duda”, la física, antes de su crisis (moderna), y la matemática aún sin puente entre lo infinito, lo finito y lo infinitesimal, “incrementaron la seguridad material de los hombres”, pero también su vacío espiritual, el no lugar, sin verdades científicas absolutas ni suficientes o milagros, ya cedidos por la iglesia, donde encontrar refugio.

Al pretender arrodillar a la naturaleza, se renuncia a la contemplación, a la “visión”, y el territorio que recibe el hombre actual es el de la desherencia.

La física contemporánea con la unión de la teoría cuántica y de la relatividad, con el concepto de vacío (Vacío) dominante como (materia) “partícula divina” se liga a la Sincronicidad, a un sentimiento no exento de religiosidad. La in-tensión, indirecta o profusa, la verdad de la poesía contemporánea, con mayor o menor inocencia, malicia, desencanto o sospecha, debe buscar otra vez (la verdad de) ese religar, la oposición a la fragmentación ya acelerada (del tiempo de la forma y del espacio), esa unidad que caracteriza a todo verdadero gran poema.

La poesía cual renacido Sísifo, más marginado pero más armado, vuelve a ser portadora de la esperanza, de una mística y metafísica más libres pero con un conocimiento más hondo de un nuevo sentido del orden: más complejo y con más piedras en su camino, pero, quizá, más bello en su instauración.

La objetividad de la subjetividad y lo objetivo de lo subjetivo, la razón-sin razón más alta de la realidad, a través de las propias palabras y las cosas, de la Presencia –ya no tan improbable-, del Espíritu, hablan por sí mismos.

X

La Lengua Original es la poesía.

El azar no existe, la lengua con que lo sagrado habla a los hombres es la Sincronicidad.

La poesía anula al tiempo, el tiempo no existe.

Hay una conexión profunda entre Mente y materia, entre La Palabra y la materia, lo físico.

El reencuentro entre el ruso y el didzhazá, es para mí otra Sincronicidad, pues desde niño, en Córdoba (donde se escuchaban por las calles, sobre todo, la música del trópico) no sé de donde flotaba otra melodía que era o “recordaba” las danzas Polovetzianas del Príncipe Ígor, de Borodín. La fascinación por Rusia se debe a su mitológica cultura, pero no imaginé que podía encontrar la conexión entre estas dos lenguas, que tenía alguna predestinación siendo mi madre binizá y mi esposa rusa: “mis dos lenguas madres”.

Ahora, el trabajo del poeta, consiste también en reunir todas las lenguas, vivas, muertas, perdidas o agonizando. La poesía puede ser una suerte de refugio para estas lenguas en extinción, recuérdese el papel que jugó la gran poesía italiana de Dante, Petrarca y Cavalcanti con relación a la lengua de Oc y

el esplendor de la cultura Provenzal: la poesía convirtió este genocidio occidental en la senda del Escarabajo del Oro, el Renacimiento. Es la memoria genética y gramatical de la lengua única, del Paraíso. El nuevo movimiento de la poesía escrita por jóvenes zapotecos y de otras lenguas indígenas mexicanas (interrumpidas por la llegada de los españoles en el desarrollo de su escritura sincrónica –incluyendo además de las grafías los colores como signos) es fundamental para la preservación de estas cosmovisiones únicas e irrepetibles, pedazos celestes del rompecabezas del ser.

Tolkien se propuso rescatar la poesía original inglesa, la de lengua *maravillosa* original de las tierras élficas, “reinventando” –con increíble labor titánica- algo de las lenguas originales borradas por los invasores, el verdadero ser inglés. De ahí su éxito, verdad y realidad.

La poesía es la lengua original, punta de diamante que penetra las profundidades de la lengua, encontrando en ese arcón profundo del ser y de la Tierra, el verdadero misterio: entre más afilada y *precisa* es esta punta, más significados tendrá: más *preciosa*, la poesía no es anfibológica. A mayor exactitud y transparencia (ésta no quita lo complejo), mayor profundidad, mayor despliegue de significados, la “dureza” intemporal del diamante entrega más cortes multiplicadores de luz significante-significativa. A mayor brillo, mayor significado, mayor es el haz de luz de su arco iris, que no se esfuma al llegar al tesoro guardado bajo sus pies. La mayor economía significativa de una lengua la logra la poesía y, de ésta una extensa gama de significados a través de la forma resultante de un Verdadero Contenido. Forma y contenido, aquí son indisolubles. Para reunificar, tiene que precisar antes, “diasporar” el detalle para “fijarlo” –detener su fragmentación- y volverlo a integrar a un todo universal. Este movimiento se repite a otro nivel: La precisión de una lengua, busca reunir a todas en el flujo hacia la lengua original, la lengua de la sociedad fraternal (¿la lengua del hongo hierático del que hablan Wasson y McKenna?). Si más concentración, más precisión y por tanto, mayor universalidad, la polisemia es el claro resultado.

Toda lengua se caracteriza por buscar la economía y la belleza (esencia de lo poético), de ahí que el trabajo –adelantado- del poeta llegue a ser fundamental. Joseph Brodsky, por lo mismo entiende que el poeta debe por lo menos tener dos lenguas madre: el rehace el tejido, el texto, del manto perdido.

Cierto, ya no se puede hablar tan ligeramente de lo “divino” y lo “sagrado”, no después de Hölderlin y Heidegger, después de que la Diosa Blanca a sido tan manoseada, convirtiéndose en la odiosa negra. ¿Pero ante una Sincronicidad –que rebasa cualquier especulación escéptica, racionalista, estructuralista, cartesiana, incluso kantiana-, qué se puede *decir* o *pensar*? Ante ella la Presencia de lo sagrado, o de la otredad, de lo “Otro”, si se quiere, es inevitable, aún como duda de la duda escéptica. La esencia de la Poesía es lo sagrado.

Todo organismo vivo, o en la frontera entre lo inerte y lo vivo, por ejemplo el cuarzo –dice Jaques Monod, padre de la biología molecular- antes que su objetivo primordial de reproducirse –para su verdadero éxito evolutivo, su victoria sobre las otras especies- posee una gran capacidad de soñar reproducirse.

La poesía es el sueño de la reproducción del lenguaje, del desdoblamiento del ser.

Esto es la “ensoñación poética”.

La lengua original es la lengua de Adán, la lengua del Edén, de aquí puede venir Eduen, la lengua del Paraíso, donde no existía el tiempo antes del pecado original, es decir habitaba la poesía, presente perpetuo, creadora, productora de (la) realidad.

Todos los intentos por localizar la lengua original nos remiten a la búsqueda de este Edén, lo cierto es que todas las lenguas están conectadas, y esta conexión-comunión la logra, de alguna forma, de vuelta, la poesía, por medio de su *religare*, de su esencia antifragmentaria, su estática –estar estético-dinámica hacia la Unidad del mundo, lo sagrado.

Ya no se puede mantener por más tiempo la división entre el observador y lo observado (...) aspectos emergentes e interpenetrados de una realidad total, la cual es indivisible y no analizable(...) Tanto la relatividad como la teoría cuántica coinciden en que ambas presuponen la necesidad de mirar el mundo como un *todo continuo*, en el cual todas las partes del universo, incluyendo al observador y sus instrumentos, se mezclan y se unen en una totalidad. En esta totalidad, la forma atomística de mirarla es una simplificación y una abstracción, solamente válida en algún contexto limitado (...) En este flujo, la mente y la materia no son sustancias separadas, sino que son más bien aspectos diferentes de un movimiento único y continuo. Así podemos contemplar todos los aspectos de la existencia como no separados unos de otros y, por lo tanto, terminar con la acostumbrada fragmentación propia del punto de vista atomístico que nos lleva a separarlo todo absolutamente de todo. Sin embargo podemos asumir el aspecto del atomismo que todavía nos ofrece una forma de observación correcta y válida (...) aquella en la que, a pesar de la totalidad no dividida en movimiento fluyente, los distintos modelos que podemos abstraer de ella tienen una cierta autonomía y estabilidad, como prevé la ley universal del movimiento fluyente. (David Bohm, *La totalidad y el orden implicado*, pp. 30-33)

Pero debemos seguir siendo conscientes de los límites que tienen esta autonomía y estabilidad. Cuando se analiza un poema, cuando se escribe, debemos superar la racionalidad a través de la racionalidad, por esta llegar a la “irracionalidad” significativa. El movimiento poético también pasa de la inducción a la deducción y viceversa, de la tesis a la antítesis y síntesis, pero llega hasta la afirmación del silencio y a la negación de la lógica, superando el sistema filosófico-científico por su tendencia a reunificar, identificar, el detalle con lo universal. Lo más pequeño se vuelve cósmico, lo más grande sólo parte de la totalidad. La más ínfima parte es tan importante como la más grandiosa. El instante también contiene a la eternidad.

Desde hace décadas he tenido la certeza de que somos la memoria del universo. Su conciencia, que utiliza para proyectarse, programarse, corregirse.

Así, la poesía –lo que no logra aún la matemática-, establece un puente –superándolo- entre lo infinitesimal y lo infinito. Más allá de asíntotas, trompetas y redes cósmicas (que gracias a sus nudos y curvaturas, diluyen al tiempo)² La poesía puede proceder por inversión de movimiento, esto es: detallar-encontrar para reunir, para asomarse a través de este “ínfimo” detalle a lo in-finito del mundo, su fin no es separar, es hallar-recordar para encajar, contrario a encajonar.

El tiempo no existe, sólo es una alusión, una ilusión que, se destruye en el espacio en blanco (anulado, aislado) del poema. Hay lenguas claves como el aymara (*La lengua de Adán* del sabio andino Emeterio Villamil de Rada, que

2 Ver: ¿Qué pasa con el infinito?, Carlos Imaz Jahke, *Avance y perspectiva*, v.20, sept.-oct. De 2001, Revista del Centro de Investigación y Estudios Avanzados, I. P. N., pp. 305-311.

pensaba que de esta lengua “se desprendían todos los idiomas del mundo”), el “elengoa”, el didzhazá, donde la secuencia del tiempo lineal se destruye.

(Creo estar hablando del mismo fenómeno en el zapoteco pues hasta una avanzada juventud oía a mi madre conversar con mis tías, parientes y amigos, produciendo lo que llamé “el habla dominó”, pues al unísono podían hablar todos de varios temas a la vez conectados por una sintaxis y gramática multánime, inefable. Aquello parecía una reunión de aves, no de personas, todas hablando al mismo tiempo, dándole primacía a su tema: “al azar” –zar casuístico-, perfectamente se entendían, no había necesidad de arrebatarse la palabra, como en las lenguas occidentales. Entre más personas había, más alegre y animada era la conversación).

La lengua realiza la realidad, el mundo, el ser. Este a su vez la confirma. La poesía es el *Motor* que mantiene viva a la lengua (Eliot piensa que si hay que hablar en términos de función social en la poesía, ésta es la de renovar la lengua, la de mantenerla viva, la de definir, hacer realidad, establecer, crear, la sensibilidad profunda, el pensamiento original, la cosmovisión, el humor, inteligencia, ironía, el ser, la creación, la particularidad, la identidad de los pueblos, etc.).

La poesía no es anfibológica, por lo tanto, es la mayor precisión, decíamos, en el lenguaje, la más completa y absoluta, en una dinámica de entorno y retorno hacia adelante, la poesía al incidir en el detalle, al precisarlo, al convertir lo mínimo en infinito y viceversa, recobra una pieza más de la visión fragmentada del mundo, recobra el Mundo, su Unidad.

La palabra Edén contiene al mundo, y en cada letra, su secreto cifrado: el mundo es la palabra, su culminación más alta la poesía, el lenguaje poético.

La poesía es la inteligencia cósmica que puede ser transmitida a través de una inteligencia vegetal o mineral, pero ya una poderosa química “alucinógena”, enteogénica, se encuentra en esta palabra poética, creativa por excelencia.

En todo canto chamánico, palabra, revelación, del ser y del lenguaje, se encuentra la destrucción del tiempo, pues el pasado, el presente y el futuro se concitan en un solo punto.

Al buscar el origen de las lenguas, llegamos al origen de La lengua, a su espacio (Vacío-antivacío) el Paraíso, a la realización de éste por medio de la *Poesis*, la Poesía. El Paraíso –donde el tiempo y espacio se anulan- está oculto en las lenguas, en La lengua, en el camino poético.

La Sincronicidad (des-nudación del tiempo, tejido significativo) del ritmo en la imagen, de la imagen del ritmo, de la onomatopeya convirtiéndose en glosolalia, es la lengua sagrada-*maravillosa*, la sinestesia es también una Sincronicidad, una puerta oculta del Edén.

Las lenguas algonquinas (norteamericanas) se conectan con las mesoamericanas y estas a su vez con las sudamericanas. Las algonquinas serían otro gran puente a estudiar pues a su vez se conectan con las siberianas y esquimales y éstas con las asiáticas, con el Oriente. Independientemente, en todas las lenguas siempre hay interconexiones. El tronco común de las lenguas sería el Gran Árbol hundiendo sus raíces en el Paraíso: al cambiar de hojas (variantes, espejos, del habla, de la Lengua reproduciéndose, desplegándose en otras lenguas: su renovación), éstas cayeron al río del tiempo. Algunas ya muy lejanas, por haberse separado desde un principio, volverían o volverán a ser reunidas por

alguna corriente o remolino del instante de la historia, aguas muy abajo, de la eternidad o la prehistoria, anulando también, así en cierto modo, el tiempo.

El más reciente discurso de la física teórica, que reúne la física cuántica con la teoría de la relatividad, coincide en que el tiempo no existe: sólo es como la película de una fotografía única donde nos observamos siempre, según su perspectiva, como niños, jóvenes o ancianos.

Si encontramos La Palabra a través de su palabra podemos vernos como el reflejo de la eternidad.

La búsqueda del origen de la lengua es la otra máquina del tiempo, el origen del Uni-verso, el verdadero Big-Bang, que en su inicio, el silencio -la ausencia de lenguas y sonido-, nos haría encontrar, la anulación de Cronos, el Paraíso, la Lengua original, la lengua de Eva, su luna profunda: la Nada, el Silencio, el Vacío, lleno de sentido, la Poesía:

Desde 1989, más o menos, he pensado que el tiempo sólo es una ilusión. Sólo las recientes reflexiones teóricas de la física lo han confirmado. En *La Zorra Azul*, en el capítulo *La zorra piensa y escribe la hierba que el tiempo no existe*, cito a Próspero de Aquitania: “Un orden inmutable enlaza cosas mutables dentro de un modelo así, las cosas que no son simultáneas en el tiempo, existen simultáneamente fuera de él”. A Migne: “mas bien surgió el tiempo de lo creado que lo creado del tiempo” Y al Borges de la *Historia de la eternidad*: “El tiempo es materia y ‘la materia es nada’... (su) genuina edad es la plenitud”.

Físicos contemporáneos como Julian Barbour, autor de *The End of Time*, vecindado al norte de Oxford, creen que el tiempo es sólo una ilusión y que todos somos inmortales, cada instante para él es esencialmente eterno, más, estamos siempre anhelando como jóvenes pero siempre igualmente avejentados. El problema, según él, es que siempre estamos encerrados dentro de un ahora. No pasamos dentro de un instante sino que cada nuevo instante es un universo totalmente distinto, donde el tiempo no está presente, podemos permanecer siempre como bebés contemplando el rostro materno o esperando como ancianos antes del último suspiro, la tragedia o bendición es que no tenemos conciencia de nuestra inmortalidad. Habitamos –según esto- por lo tanto, una multitud de cuadros imperecederos. Todos estos universos existen uno al lado de otro, en variedad de cosmos inimaginables, no hay un yo inmortal sino muchos: si el tiempo se elimina de los cimientos de la física, no notaremos que su flujo se ha detenido, al contrario, nuevos principios intemporales explicarían porque sentimos que el tiempo fluye, cada ahora es un universo inmutable, completo, autocontenido y sin tiempo: erróneamente percibimos los “ahora” como efímeros, aunque cada uno persiste para siempre. Don Page, su colega, piensa que el concepto de tiempo es un atascadero conceptual y que el espacio, en una nueva teoría del universo, también desaparecerá.

Yo creo que la Sincronicidad –y la poesía- tienen un concepto más completo, más inteligente, *religioso*, y místico del tiempo.

Paul Davies, habla de la insoportable vacuidad de la materia recordando, no tanto a Milán Kundera, como a George Berkeley, el famoso prelado de Cloney, que audazmente afirmó que la materia no existe, para provocar la posterior diatriba leninista de *Materialismo y empiriocriticismo*, aunque en el mismo año de su publicación, 1905, si no me equivoco – para desgracia del obispo –avispa- bolchevique- Einstein, irónicamente, puso en

crisis a la física clásica con la publicación de su primer artículo sobre la teoría de la relatividad y la naciente conciencia de la existencia de partículas más pequeñas que el átomo, la antimateria.

Para Davies, átomos, protones y quarks son sólo burbujas de la nada. Cree que en realidad la materia está rellena de vacío pues entre más se penetra en ella -con los más potentes microscopios- más se descubre este vacío reinante entre partícula y partícula, entre “punto y punto”.

La concepción más reciente de la relatividad y la cuántica conjuntas, habla de un universo originado por una vibración de cuerdas más pequeñas que un protón, recordando el mito de Ariadna y Orfeo. Para él la solidificación total de la materia es imposible y la sustancia real del cosmos no ocupa algún lugar. Entre más se avanza más se vacía el universo, a más de 10¹⁶ metros un quark no es mayor que 10⁻²⁹. Nuestro cerebro está a media cabalgata entre el universo y esta minúscula partícula. Si el cosmos es 10 000 billones de billones de veces mayor que nuestra cabeza, el quark es otro tanto -otro tonto- menor que ésta.

Recordemos el principio de incertidumbre de Werner Heisenberg: no se puede fijar con exactitud la posición de una partícula: pero sobre todo a Wolfgang Pauli, y su “prohibición o principio de exclusión”: donde dos electrones son incapaces de adoptar el mismo estado cuántico, si se intenta comprimir a dos electrones entre sí, oponen siempre resistencia. Gracias a esta propiedad de ordenamiento, que parece contradecir todo lo anterior, los átomos presentan una extensión espacial, por eso los átomos pesados presentan una mayor extensión que los ligeros. O sea, hay un límite de la compresión (comprensión) en el espacio que forzado hace brotar otro tipo de materia. De donde se deduce que el espacio y - el tiempo- no son una realidad en sí, medible.

Al no encontrar más que vacío en la materia, otros físicos piensan que los ladrillos que sostienen al universo, son en realidad invisibles: la partícula divina.

Sólo estamos ante un universo de probabilidades insustanciales, según esto.

Para mi estamos ante la verdadera y sustancial Presencia del Espíritu, el verdadero Vacío, la Nada, y no tan sólo por acto de pura fe, o conciencia religiosa, sino por la vitalidad -y la ironía- inmanente a todo este movimiento: “pensante”, que parece contraobservarnos, riéndose. “Somos nosotros la perspectiva del icono -del Arcano- y no al revés”.

Desde luego, este no es el espacio más adecuado para condensar las más recientes teorías físicas del universo y la materia, sólo las expongo -tan someramente- para tratar de aclarar los conceptos que manejo en este ensayo.

Para otra lectura (tan apasionante como ingente), se puede abrir los libros de Isaac Asimov, George Gamov, Stephen Hawking o, los propios de los grandes físicos del siglo XX: Schrödinger, Heisenberg, Einstein, Pauli, etc.

Al decir enterado de Muñiz-Huberman, en su glosa de *María Zambrano: el número, la música, la nada*, la música es el equilibrio del silencio. La unión entre la palabra y el número como expresión del mundo sagrado musical, luminosa herencia del orfismo y el pitagorismo, será marginada por Aristóteles -y no olvidemos, por el cristianismo. Por lo que no comulgo con la poética del estagirita temeroso de la magia.

El vacío y la nada, sustentos del ser, son también productos armónicos, musicales. El silencio es un anuncio, apenas; como entender el no-ser para llegar al ser. En el

Génesis, primero fue la nada y luego el todo. Sin duda, el todo fue poblando la nada. De igual modo, la idea de Dios parte de la idea de no-Dios (...) los cabalistas hispanohebreos son los primeros en mencionar el *ein sof*, equivalente de la nada, o del “sin fin” (...) nombre dado en la Cábala al dios trascendente. Dios en-si-mismado, apartado de la Creación. Dios no en su manifestación, sino en su pura esencia. Dios a un paso de la nada: inmerso en la nada. Dios en su eternidad, sin principio ni fin. (pp. 12-13)

Involución de Dios que Zambrano llamó “nada creadora”. Carencia de nombre dado pues los atributos ocurren sólo en el momento de la revelación. La Torá o Pentateuco recoge las manifestaciones de Dios, no su esencia perteneciente a un reino por encima del mundo creado.

Las manifestaciones o emanaciones divinas son las *sefirot* (...) *kéter* es la corona y se relaciona con el *ein sof* en su aspecto de naturaleza recóndita. El árbol sefirótico de las emanaciones divinas es el intento de reconstruir la esencia de Dios en el mundo creado. Su asociación inmediata es el número como origen de la vida y su reflejo en la música. Cada nota musical está referida a las emanaciones divinas o *sefirot*. Así, el texto bíblico no sólo se recita sino que se canta, puesto que la canción trasciende la palabra y la pone en comunión con Dios. De ahí que la poesía sea la intermediaria entre el hombre y Dios. Música y palabra que se valen del tiempo y del espacio como “categorías últimas del universo mirado por el hombre” (...)

El tiempo y el espacio sagrados que marca la música delimitan la medida del infinito y el entorno de la nada. Así entendida, la música utiliza el tiempo como una manifestación de lo oculto divino y la presencia de Orfeo es el intento de explicar lo inexplicable. Después, Pitágoras en su afán de racionalizar la medida temporal la enlaza al origen de la vida y de los dioses. “Y Cronos, padre del éter y de la noche eterna, del silencio, fue también padre la música, tiempo racionalizado, tiempo hecho alma en virtud del número. Cronos, padre vencido por Orfeo en la leyenda y en la visión perdida de Pitágoras por el encanto del número sagrado. Cronos, dios de los números y de la música”. (pp.13)

El sentido sagrado de la música es guía de la palabra profética, en la bíblica tradición como en las ceremonias prehispánicas. La música es propiciatoria de la invisible presencia de Dios, restituye la armonía entre Él y el hombre, marca el ritmo de lo supraceleste “y suaviza el movimiento de los astros”. A cada nota corresponde una letra y a su vez un sefirá (bondad, fuerza, belleza, eternidad, gloria, fundamento, reino). Difícil que exista una lengua “sin el significado poético musical como ingrediente de lo divino”. Quizá, antes del don de la palabra existió el don del ritmo y la melodía³. Pero en la poesía estos dones están en Sincronicidad.

³ Aquí, una muestra de cómo la tradición mística y la poética (como cosmovisión) se adelantan a la ciencia: *El Universo no empezó con una gran explosión. Empezó con dos. Primero estalló el “big bang”. Después, cuando el Universo tenía el tamaño de una manzana, se produjo una segunda deflagración que lo aceleró todo a velocidades superiores a las de la luz. Han pasado entre 12 y 15 millones de años y las galaxias siguen alejándose unas de otras por la inercia de aquella segunda explosión.*

Así fue el génesis según la teoría de la inflación. La palabra “inflación” se refiere precisamente a la segunda deflagración. Propuesta a principios de los 80, esta teoría ha sido adoptada por un número creciente de cosmólogos por motivos matemáticos (...)

La teoría de la inflación predice que, en la fracción de segundo que duró la segunda explosión, el Universo resonó de modo parecido a un instrumento musical. Este fenómeno tuvo que dejar una huella en la radiación de fondo, comparable a la nota principal y a los armónicos que componen el sonido de un instrumento. Hace más de un año, los científicos del proyecto Boomerang anunciaron que habían captado ese tono principal predicho por la teoría. Sin embargo, no captaron ningún armónico (...)

Nuevas observaciones presentadas en el congreso de Washington han captado por primera vez dos armónicos de la vibración ancestral del Universo. Estos dos armónicos restringen las explicaciones plausibles del Universo y demuestran que, al principio, hubo inflación. “Utilizando una analogía musical, el año pasado podíamos decir qué nota escuchábamos, si era un do sostenido o un si natural. Ahora, podemos decir no sólo que nota escuchamos, sino qué instrumento la toca. Podemos empezar a escuchar con detalle la música de la creación”, ha declarado Anderw Lange, codirector de Boomerang, en un comunicado difundido por la NASA. (La música del Universo, Joseph Corbella en: La vida en el universo, Pierre Kohler, Alianza Editorial, Madrid, 1998)

Más analogías: Así como se calcula que el número de neuronas humanas es igual al número de estrellas en el Universo, un fisiólogo mexicano pudo escuchar recientemente –con instrumentos electrónicos muy sofisticados– la música que se produce en el cerebro para inducir el sueño.